

Por mandato de S. S. I. el obispo mi Sr.—Santiago Camiña, secretario.»

El edicto de Abad y Queipo fué comentado, exaltado, amplificado en el púlpito de casi todos los templos de Nueva España, que se habían convertido en una especie de *clubs* políticos. La iglesia entraba en el combate con un vigor extraordinario. Las imprecaciones sagradas eran una mezcla de grito y de sollozo como los trenos de Jeremías. La cátedra del Espíritu Santo fulminaba tremendos anatemas, que relampagueaban en las nubes de incienso, sobre la cabeza de los fieles.

Por su parte, el Ejército ensayaba en sus proclamas una forma literaria más concisa y pujante. El 2 de octubre de 1810, el general don Félix María Calleja del Rey, desde San Luis Potosí, dirigía a las tribus de campesinos ignorantes, que oían este extraño lenguaje sin entenderlo, la siguiente proclama, que es una arenga militar impresa:

«Soldados de mis tropas: os han reunido en esta capital los objetos más sagrados del hombre: religión, ley y patria. Todos hemos hecho el juramento de defenderlos y de conservarnos fieles a nuestro legítimo y justificado gobierno. El que falte a cualquiera de estos juramentos no puede

dejar de ser perjuro, y de hacerse reo delante de Dios y de los hombres. No tenemos más que una religión que es la católica, un soberano que es el amado y desgraciado Fernando VII, y una patria que es el país que habitamos y a cuya prosperidad contribuimos todos con nuestros sudores, con nuestra industria y con nuestras fuerzas. No puede haber, pues, motivo de división entre los hijos de una propia madre. Lejos de nosotros semejantes ideas que abriga la ignorancia y la malicia. Sólo Bonaparte y sus satélites han podido introducir la desconfianza en un pueblo de hermanos. Sabed que no es otro su fin que dividirnos, y hacerse después dueño de estos ricos países que son, tanto tiempo ha, el objeto de su ambición. No podéis dudarle: sabéis los emisarios que ha despachado, las intrigas de que se ha valido, y los medios que emplea para llevar a cabo este proyecto.

»¿Y permitiremos nosotros que logre sus fines? ¿Que venga a dominarnos un tirano, y que nuestros altares, esposas, hijos y cuantos bienes poseemos, caigan en manos de aquel monstruo por el medio que se ha propuesto de introducir la discordia en nuestro suelo? A esto conspira la sedición que han promovido el cura de Dolores y sus secuaces: no hay otro camino de evitarlo

que destruyendo antes esas cuadrillas de rebeldes que trabajan en favor de Bonaparte, y que con la máscara de la religión y de la independencia sólo tratan de apoderarse de los bienes de sus conciudadanos, cometiendo toda clase de robos, de asesinatos y extorsiones que reprueba la religión, como lo han hecho en Dolores, San Miguel el Grande, Celaya y otros lugares donde han llegado. No lo dudéis, soldados: del mismo modo veréis robar y saquear la casa del europeo que la del americano; la aniquilación de los primeros es sólo un pretexto para principiar sus atrocidades, y el peligro en que suponen la patria por parte de aquellos que tantas pruebas tienen dadas de su religiosidad y patriotismo, es un artificio de que se valen para engañarnos y hacernos caer en el lazo que nos ha preparado el tirano.

»Vamos, pues, a disipar esa porción de bandidos que como una nube destructora asolan nuestro país, porque no han encontrado oposición. Si ha habido, por desgracia, en este reino gentes alucinadas y perdidas, que de acuerdo con las ideas de Bonaparte se hayan atrevido a levantar el estandarte de la rebelión, y que, al mismo tiempo que protestan reconocer a nuestro legítimo y adorado Monarca, niegan la obediencia a las autoridades que nos gobiernan en su nombre,

seamos nosotros los primeros que a imitación de nuestros hermanos de la Península defendamos y conservemos los derechos del trono, y limpiemos el país de estos perturbadores del orden público que procuran derramar en él los horrores de la anarquía.

»El superior gobierno quiere que tengáis parte en esta empresa, y, usando de los grandes medios que están a su disposición, os invita a castigar y sujetar a los rebeldes con el ejército que ha salido ya de México y marcha para su exterminio. Yo estaré a vuestra cabeza y partiré con vosotros la fatiga y los trabajos: sólo exijo de vosotros *unión, confianza y hermandad*. Contentos y gloriosos con haber restituido a nuestra patria la paz y el sosiego, volveremos a nuestros hogares a disfrutar el honor que sólo está reservado a los valientes y leales.—San Luis Potosí, 2 de octubre de 1810.—Félix Calleja.»

Como se ve, Napoleón era en México, al comenzar la insurrección, un nombre milagroso. Sonaba como un toque de clarín. Realistas e insurgentes lo pronunciaban, con odio igual, con la misma cólera; lo invocaban para enardecer los ánimos, para amedrentar a los timoratos.

Y lo que decía Calleja de los insurgentes, éstos o afirmaban de los realistas. Estas fueron, según

fray Servando de Mier, las primeras palabras de Hidalgo, en la madrugada del 16 de septiembre:

«... No hay remedio; está visto que los europeos nos entregan a los franceses; veis premiados a los que prendieron al Virrey y relevaron al Arzobispo porque nos defendían; el Corregidor, porque es criollo, está preso. ¡Adiós religión! Seréis Jacobinos; seréis impíos; ¡adiós Fernando Séptimo! ¡Seréis de Napoleón!»

El Emperador francés representaba dos papeles contradictorios: por un lado era la opresión, la tiranía; por el otro era la rebelión, la libertad. Unos y otros pretendían engañarse. Napoleón era sólo una máscara de tragedia que ocultaba los rostros verdaderos. Napoleón era un ardiz de los españoles contra los criollos; de éstos contra aquéllos. Napoleón era como un canto de reclamo para fascinar a la ignorancia. Queríase, a todo trance, desviar y debilitar un aborrecimiento real, transformándolo en otro de mero artificio y engaño.

Sea lo que fuere, la revolución dió origen a un nuevo género literario en Nueva España: la proclama, la arenga. Fué este un género accidental; una literatura de circunstancias, expresión característica de las perturbaciones sociales, de las

exaltaciones espirituales que agitaban la obscura masa de nuestro pueblo americano.

Y mientras la revolución crecía, con voracidad de llama estimulada por el viento, mientras se ponían en acción hombres de un vigor y de una voluntad prodigiosos, mientras las multitudes ciegas y famélicas se desbordaban como una inundación sobre campos labrados, sobre ciudades del Bajío, la literatura tomaba su parte en la agitación, los hombres de letras pugnaban por hacer triunfar sus ideas, revistiéndolas de los más coruscantes y ruidosos ropajes. Los realistas, más poderosos, con mayores elementos, extendieron sus ardorosas prédicas por el reino entero: hicieron circular a millares los folletos escritos, ya en un estilo peinado y académico, para convencer a los cultos; ya en lenguaje burdo y popular, para penetrar en la caótica conciencia de las masas. El nombre de estos pequeños opúsculos indica desde luego su carácter: Centinela contra los seductores (especie de periódico); Cartas patrióticas de un padre a su hijo sobre la conducta que debe observar contra los seductores insurgentes; El militar cristiano, diálogo entre Mariquita y un soldado raso; Memoria cristiano-política sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su desunión en partidos; La

erudita contra los insurgentes, diálogo entre una currutuca y don Felipe; El patriotismo del lancero, diálogo entre Mariquita y un lancero; Carácter político y marcial de los insurgentes; Manifiesto filantrópico sobre las circunstancias del día, papel erudito y muy interesante; Proclama de una americana a sus compatriotas; Carrera del cura Hidalgo; El Napoleón de América; El Anti-Hidalgo... Infatigable folletista de la causa española fué el doctor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, colaborador ocasional del *Diario de México* bajo el pseudónimo de *Mopso*. Se distinguió entre todos por su catolicismo intransigente, por su realismo furibundo, por su incesante prédica *anti-francesa y anti-revolucionaria*. Los títulos sólo de algunos de sus folletos nos ponen al tanto del espíritu que en ellos domina: «Desengaños que a los insurgentes de Nueva España, seducidos por los francmasones, agentes de Napoleón, dirige la Verdad de la Religión Católica y la Experiencia.» — «El Modelo de los cristianos presentado a los insurgentes de América.» — «Las fazañas del Quijote de Michoacán Miguel Hidalgo.» — «Convite a los verdaderos amantes de la Religión y de la Patria.» Muchos de estos folletos eran como periódicos, puesto que se reproducían en el nom-

bre, aunque con distinto material literario. Entre esta avalancha llamó mucho la atención una pieza de oratoria sagrada que se apresuraron a publicar ampliamente los realistas: el Sermón de la Reconquista de Guanajuato, pronunciado el 7 de diciembre de 1810, en la Iglesia parroquial de esa ciudad, por fray Diego Miguel Bringas y Encinas, criollo natural de Sonora, apasionado enemigo de la insurrección, severo, áspero, rectilíneo, seco, leal y fiel como el que más a su causa, hombre cuya conducta era resultado de una profunda convicción, de un maduro y seguro examen. Los sermones de Bringas Encinas son una apretada malla de razonamientos jurídicos, teológicos y políticos, por entre cuyos hilos saltan a veces las imprecaciones declamatorias, las violentas interjecciones, los vocativos enérgicos e iracundos. El fraile del Convento de Santa Cruz de Querétaro no manejaba el idioma con elegancia ni limpieza; pero sí con dignidad, sobriedad y facilidad. Gran efecto hacían sus peroraciones majestuosamente declamadas, bajo las bóvedas resonantes de las iglesias, sobre un concurso preparado por imponentes actos litúrgicos.

Mas la oratoria sagrada fué menos eficaz que los folletos mariposeantes, que los *papeles* de ocasión que iban de aquí para allá, ágiles, sutiles,

venenosos, epigramáticos, abejas zumbadoras que picaban y en la punzadura dejaban su gotita de miel. El obispo Casaus, don Ramón Roca, don Fermín Reigadas, don Florencio Pérez Comoto, escribían *panfletos* erizados de agudezas y burlas y de graves máximas o de argumentaciones casuísticas, como las de los estudiantes que sustentaban acto público en los salones de sus colegios. El *españolismo* esgrimía sus armas intelectuales; proyectaba y calculaba sus batallas; los sermones, los bandos, los edictos, las proclamas, eran a modo de ejército de línea disciplinado y compacto; los folletos, los *panfletos*, las hojas volantes, eran las traviesas y peligrosas *guerrillas*.



Los revolucionarios carecían de recursos de propaganda literaria. Difícil debe de haber sido al cura Hidalgo imprimir y hacer circular su Manifiesto, página primera quizá, por tiempo y por interés histórico, del *florilegio* proclamante. Es una defensa enérgica contra el absurdo edicto de la Inquisición, en el que se atribuyen al Jefe Insurgente faltas contra el dogma, que de seguro él no cometió, sólo con el objeto de presen-

tarlo como un hereje abominable a los ojos de una sociedad ultramontana y timorata. Veamos este Manifiesto de Hidalgo, curioso documento que, sin retórica, casi sin literatura, en aquel período de superabundancia, de exceso oratorio y declamatorio, dice con su limpia y elocuente sencillez más que muchas artificiosas proclamas:

«Me veo en la triste necesidad de satisfacer a las gentes sobre un punto en que nunca creí se me pudiese tildar, ni menos declarármese sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada, y para mí la más amable: de la Religión Santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo.

»Os juro, desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado, ni en un ápice, de la creencia de la Santa Iglesia Católica; jamás he dudado de ninguna de sus verdades; siempre he estado íntimamente convencido de la infabilidad de sus dogmas, y estoy pronto a derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos.

»Testigos de esta protesta son los feligreses de Dolores y de San Felipe, a quienes continuamente explicaba las terribles penas que sufren los condenados del Infierno, y a quienes procuraba inspirar horror a los vicios y amor a la vir-

tud, para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado. Testigos las gentes todas que me han tratado, los pueblos donde he vivido, y el Ejército todo que comando.

»¿Pero para qué testigos sobre un hecho e imputación que ella misma manifiesta su falsedad? Se me acusa de que niego la existencia del Infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algún Pontífice de los canonizados por santo está en este lugar. ¿Cómo, pues, concordar que un Pontífice está en el Infierno negando la existencia de éste?

»Se me imputa también el haber negado la autenticidad de los Sagrados Libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero. Si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios, ¿cómo el que niega esta inspiración sostendrá los suyos deducidos de los mismos libros que tiene por fabulosos? Del mismo modo son todas las acusaciones.

»¿Os persuadiríais, americanos, que un Tribunal tan respetable, y cuyo instituto es el más santo, se dejase arrastrar del amor del paisanaje hasta prostituir su honor y su reputación? Estad ciertos, amados conciudadanos míos, que si no hubiese emprendido libertar nuestro reino

de los grandes males que le oprimían, y de los muchos mayores que le amenazaban y que por instantes iban a caer sobre él, jamás hubiera sido yo acusado de hereje.

»Todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad; si éste no me hubiese hecho tomar las armas, yo disfrutaria de una vida dulce, suave y tranquila, yo pasaria por verdadero católico, como lo soy y me lisonjeo de serlo; jamás habría habido quien se atreviese a denigrarme con la infame nota de la herejía.

»¿Pero de qué medio se habían de valer los españoles europeos, en cuyas opresoras manos estaba nuestra suerte? La empresa era demasiado ardua: la nación que tanto tiempo estuvo alestargada, despierta repentinamente de su sueño a la dulce voz de la libertad; corren apresurados los pueblos, y toman las armas para sostenerla a toda costa.

»Los opresores no tienen armas, ni gentes, para obligarnos con la fuerza a seguir en la horrorosa esclavitud a que nos tenían condenados. ¿Pues qué recurso les quedaba? Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran a sostener su despotismo y la opresión de la América; abandonan hasta la última reliquia de honradez y

hombria de bien, se prostituyen las autoridades más recomendables, fulminan excomuniones que nadie mejor que ellas saben no tienen fuerza alguna; procuran amedrentar a los incautos y aterrorizar a los ignorantes, para que, espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer.

»¿Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro y atrevimiento de los gachupines? ¿Profanar las cosas más sagradas para asegurar su intolerable dominación? ¿Valerse de la misma Religión Santa para abatirla y destruirla? ¿Usar de excomuniones contra toda la mente de la Iglesia, fulminarlas sin que intervenga motivo de religión?

»Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos; ellos no son católicos sino por política; su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis, acaso, que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo a decir; meditaad sobre vuestros verdaderos intereses; de este precioso momento depende la felicidad o la infelicidad de vuestros hijos y de vuestra numerosa posteridad. Son

ciertamente incalculables, amados conciudadanos míos, los males a que quedáis expuestos, si no aprovecháis este momento feliz que la Divina Providencia os ha puesto en las manos; no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que bajo el velo de la religión y de la amistad os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia.

»¿Os persuadís, amados conciudadanos, que los gachupines, hombres desnaturalizados, que han roto los más estrechos vínculos de la sangre—¡se estremece la Naturaleza!—, abandonando a sus padres, a sus hermanos, a sus mujeres y a sus propios hijos, sean capaces de tener afectos de humanidad a otra persona? ¿Podréis tener con ellos algún enlace superior a los que la misma Naturaleza puso en las relaciones de su familia? ¿No los atropellan todos por sólo el interés de hacerse ricos en la América? Pues no creáis que unos hombres nutridos en estos sentimientos puedan mantener amistad sincera con nosotros; siempre que se les presente el vil interés, os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado a sus propios padres.

»¿Creéis que al atravesar inmensos mares, exponerse al hambre, a la desnudez, a los peligros de la vida inseparable de la navegación, lo ha